

# LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII

→ BARCELONA 8 DE JULIO DE 1889 ←

NÚM. 393

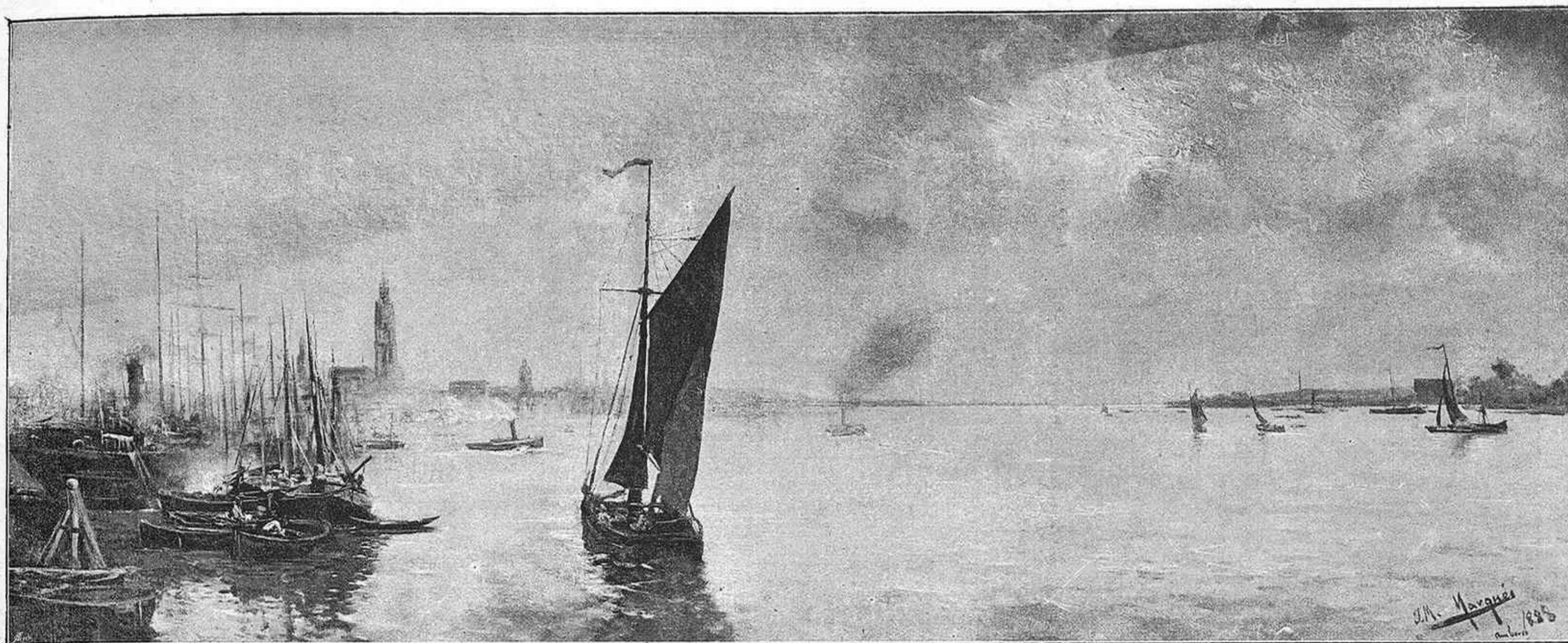
REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES



BAILE FLAMENCO, cuadro de F. Masó





MARINA (Amberes), cuadro de J. M. Marqués

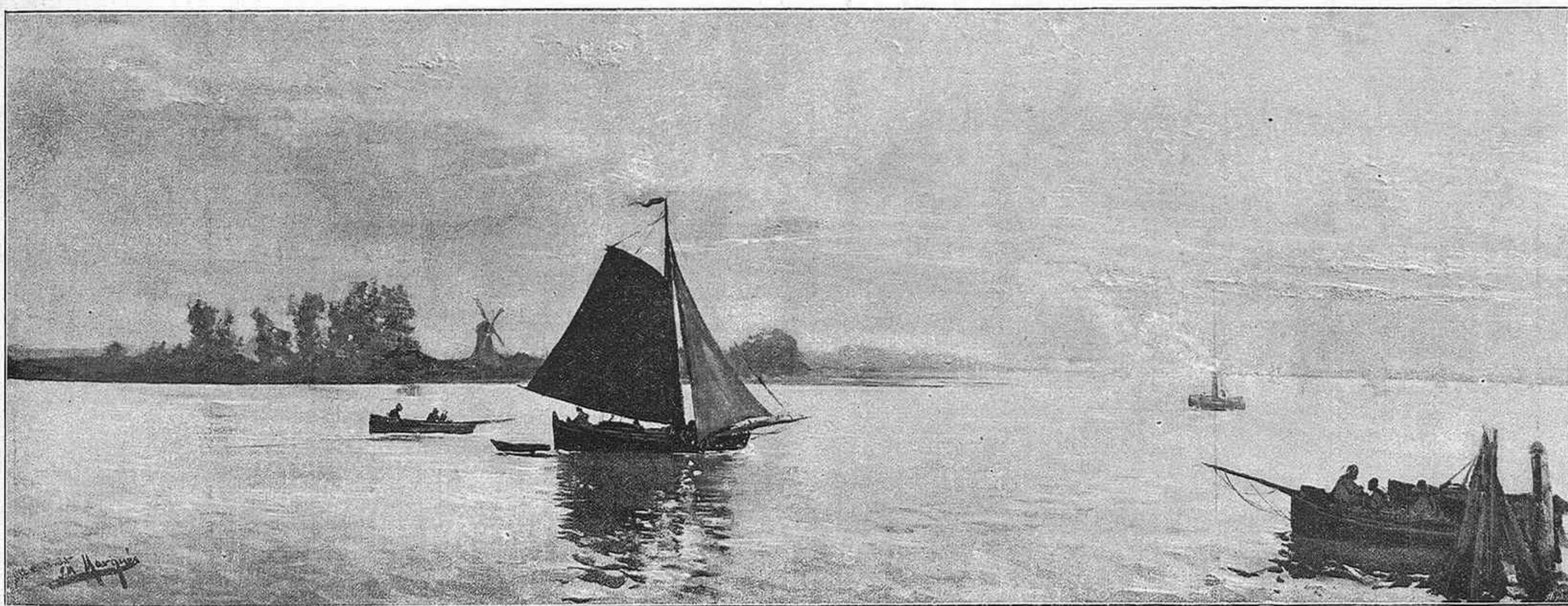
Enamoréme de la casa y me lo conocieron aquellos señores, que eran el uno, el de la americana, dueño de la finca, un almacenista de muebles de la calle de los Estudios, y el otro el maestro de obras aparejador que la había construído.

Hiciéronme ver que en la cocina entraba el sol hasta el fogón, que en la despensa se había abierto una claraboya para ventilación muy conveniente á las provisiones

de que la llenaría el inquilino, que en el comedor cabían lo menos doce ó catorce personas comiendo muy anchas, cosa que les dije no podría suceder siendo yo el inquilino, porque me guardaría muy bien de convidar á tanta gente, y que la sala con aquel papel de medio color y aquellas medias cañas doradas estaba pidiendo un mobiliario de lujo y de gusto, indirecta del casero y almacenista de muebles de que no me hice cargo, y me señala-

ron dónde se había de poner el sofá, y los sillones, y el entredós... En fin, estuvieron muy amables conmigo, y el dueño me significó su deseo de que estrenara la casa, y siendo el precio, después de rebajar algo, el que me convenía, prometí ir el día siguiente á formalizar el arriendo y á pagar el trimestre.

- Mire usted, - me dijo, - los primeros días no habrá portero, porque el que va á servir la plaza ha caído ma-



MARINA (Dordrecht.—Holanda), cuadro de J. M. Marqués

lo, pero vendrá un dependiente mío á cuidar de la casa, hasta que se instale el portero, que es uno del orden con una mujer, muy guapa ella, que me ha servido á mí antes de casarse.

No habían pasado veinticuatro horas y ya estaba el carro de mis muebles á la puerta de la casa nueva, y yo ocupado en el arreglo del despacho, que era lo que me interesaba.

- «Aquí el retrato de Cervantes, y entre los de Fray Luis y Santa Teresa, el de Sagasta. Junto al balcón la mesa. ¡Qué delicioso! Aquí voy á escribir yo sin parar comedias, tragedias, sainetes, loas, poemas, novelas. ¡Qué bien se está aquí para trabajar! ¡qué silencio! ¡qué hermosura de casa limpia, elegante, sin miasmas deletreiros, como dice un diputado amigo mío y del gobierno!...» - Así pensaba al mismo tiempo que colocaba los libros en los armarios, y limpiaba el polvo á los bustos de Garibaldi y Espartero, y ponía sobre la chimenea las fotografías de Sara Bernardt, Becerra, Mazzantini, y el toro que mató á Pepete.

Ya era bien entrada la noche cuando despedí á los mozos y al conductor del carro, y pude cerrar la puerta de mi casa, y abrir la de un cuarto excusado en que encerré á la gata, para que no se me fuera mientras estuvo abierta aquella. Salió el animal y le hice las más oportunas y prudentes reflexiones acerca de la conducta que debía de observar en la casa nueva, á fin de conservar suelos y paredes sin la más leve sombra de mancha, y

cumplida esta obligación, estuve recreándome largo espacio en la sala, en el gabinete, en la alcoba, en el comedor, y otro discurso enderecé á la criada recomendándole la más exquisita limpieza, lamentando que no fuera ella una hada ó sílfide, aunque gallega, para que no tuviera necesidad de poner el pie sobre las losas impecables de aquella cocina sin igual. Con menos paciencia que la gata me oyó la doméstica, y su contestación fué una rabotada con que tropezó con el quinqué de petróleo y lo tiró al suelo, donde se hizo añicos la porcelana y se vertió el líquido. No la maté por no tener arma á mano, pero la maldije, y la acémila, que ya estaba harta del trajín en la mudanza y que, sin duda, no tenía el delicado sentimiento de la pulcritud, y creía exageradísimas mis prevenciones y reprensiones, se desató el mandil, lo tiró sobre el fogón y me pidió la cuenta.

No la detuve, le puse el dinero en la mano y me quedé sin criada, y á las observaciones de mi familia que no creía prudente en tan críticos momentos prescindir de los servicios de aquella funesta moza, contesté estoicamente, como hubiera dicho en ocasión análoga el mismo Sócrates:

«A casa nueva criada nueva.»

No nos sucedió la primera noche cosa extraordinaria á no ser la insignificante molestia de no poder dormir porque nos lo impidió el frío húmedo que nos penetraba los huesos. Por la mañana estábamos todos los de casa acata-

rrados, y de aquella época data á no dudar el entretenido reuma que alguna vez viene á distraerme de memorias de otro tiempo y de melancólicos pensamientos.

La mañana siguiente, cuando más ocupado me hallaba en el arreglo de la casa, colgando cromos en el comedor, poniendo los tiradores de las campanillas, clavando mapas en el corredor, como cosa que nunca se ha de examinar, y buscando sitio donde instalar las jaulas de los pájaros al sol, porque los animalitos tiritaban de frío, sorprendíome un fuerte campanillazo. Salí á ver quién solicitaba entrar, creyendo que sería acaso el portador de una credencial que yo esperaba, pero no era tal, sino un hombrón mal encarado con muchas llaves en la mano.

- Señorito, - me dijo, - yo soy el dependiente del amo que estoy abajo en la portería mientras no vienen los porteros, y ahora me tengo que *dir*, porque han venido á avisarme que mi mujer va á dar á luz. Si viene alguien á ver los cuartos ahí tiene V. las llaves, y hágame V. el favor de que la chica los enseñe.

- ¿Qué chica?...

- La criada, digo.

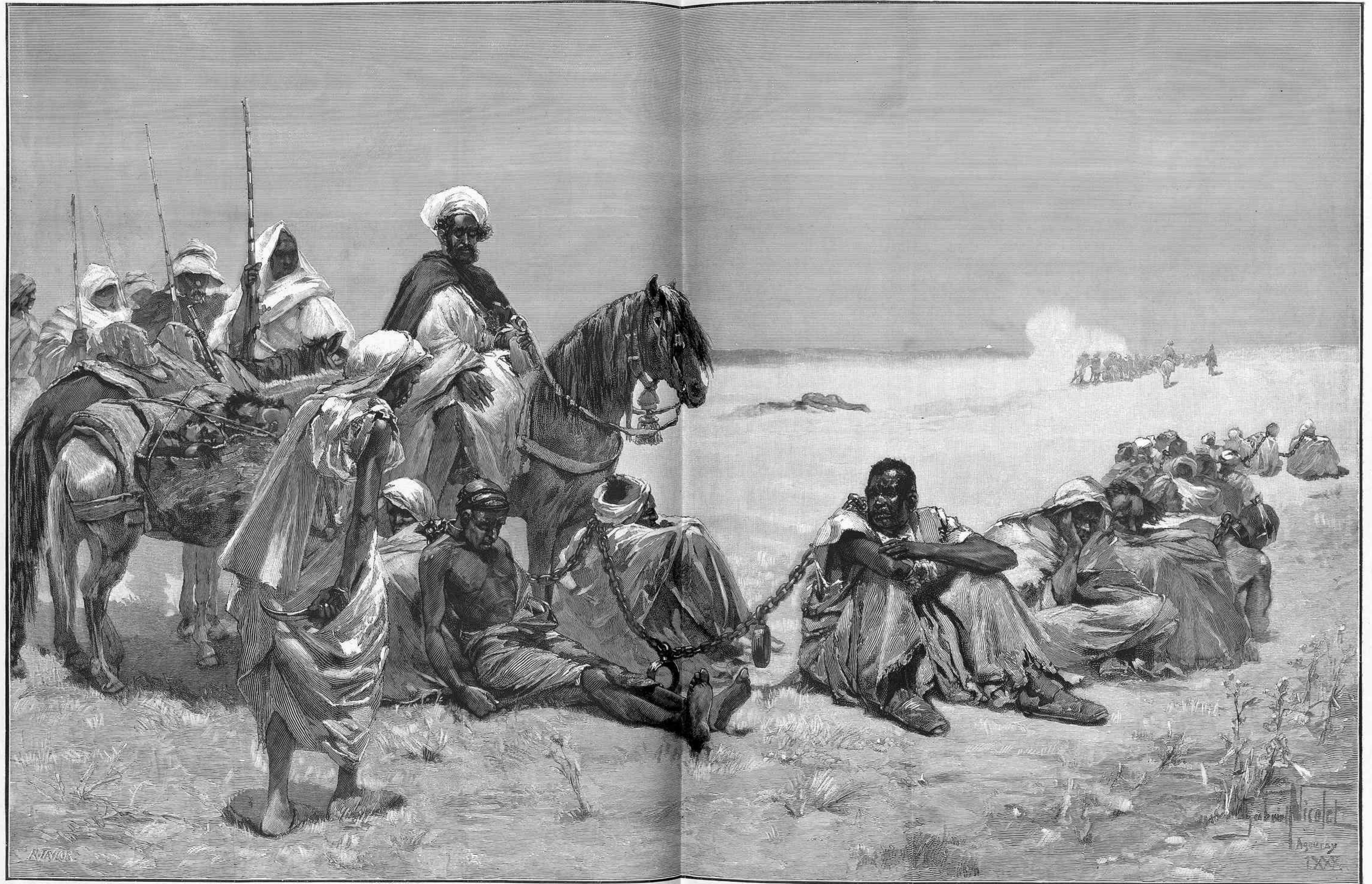
- No la tengo, se marchó ayer.

- Pues el caso es que yo no puedo... Ya ve V. que uno no ha de ir á dejar á su mujer en esa disposición. Mire V., no vendrá nadie, porque por esta calle no pasa un alma; sólo alguno que va huyendo de la justicia; pero si por una casualidad viniera alguna persona, no tiene us-



UN BUEN PARTIDO, cuadro de Thiamer Margitay

CADENA DE PRISIONES DE NIVEL



CADENA DE PRISIONEROS DE UNA TRIBU REBELDE, EN MARRUECOS, DIBUJO DE G. NICOLET





TULIA PASANDO POR ENCIMA DEL CADÁVER DE SU PADRE, cuadro de E. Hildebrandt



ted que molestarse, le enseña V. el suyo, porque todos los cuartos son iguales.

— Pero, hombre...

— Mire V., cada llave tiene su cartón con el precio del cuarto. Mi amo es un hombre muy arreglado. Muchas gracias, caballero. Bien me dijo el amo que V. parece un infeliz, una persona muy conforme.

— Oiga V.

Pero el hombre me dejó las llaves y se fué á escape. Aunque no me gustó el encargo, disculpé al hombre á quien movían en aquellos instantes sentimientos tan tiernos como el del amor conyugal y el de la paternidad.

Volví á mi interesante trabajo cuando otro campanillazo me hizo volver á la puerta.

Abrí creyendo que sería el del parto, pero no; era una señora, una señora vistosa, bien aderezada, aunque de mañana, que me dijo:

— Perdone V.: ¿no hay portero en esta casa?...

— No señora; está de parto, digo, está malo.

— ¡Qué diablura!... Quería ver el cuarto segundo

— Pues aquí tengo la llave... Pase V., señora, y perdone que la reciba en este *negligé* tan... *negligé*.

— Usted es quien ha de perdonar. ¿Es V. el casero?

— ¡Ay! no señora, soy el primer inquilino de esta casa. Pero no necesita V. incomodarse en subir; el cuarto de arriba es exactamente igual á este.

— ¡Ah! entonces... si es V. tan amable...

— Sí señora, sí.

Y al decir esto á la señora oí dentro unas toses y unos portazos que al punto me hicieron comprender que á la parte femenina de mi familia no le parecía bien mi proposición de enseñar la casa.

Pero ya no era posible retroceder. La señora estaba dentro y se dirigía á la sala. Yo la seguí.

— ¡Bonita sala!... Con buenos muebles estaría preciosa, — dijo la señora con la mayor tranquilidad. — ¡Ay! ¡qué retrato! — exclamó fijándose en el de mi abuela colocado sobre el sofá. — ¿Es Zumalacárregui?... Yo tengo uno en casa y se parece.

— Señora, es mi abuela.

— ¡Ah! perdone V., como tiene esas patillas...

— Pues mire V., fué una real moza, según decía mi padre.

— No lo dudo. La alcoba es pequeña... Para Vds. que tienen una cama tan pelada basta, pero la mía dorada á fuego, con colgaduras y dosel, no cabría aquí. Las alcobas me gustan á mí grandes. Figúrese V. que yo tengo la cama, como digo...

— Sí, ya sé, con colgaduras y dosel...

— Un armario de dos cuerpos, del renacimiento, un secreter Luis XIV, donde guardo las joyas, un reclinador, un lavabo muy hermoso de mármol, dos mesas de noche...

— ¿Dos?...

— Sí, señor, una á cada lado de la cama, un baño, una cómoda de alcanfor, otro armario de limoncillo y dos butacas...

— Vamos, está V. bien amueblada, — le dije, pesoso de mi amabilidad.

— Sí, señor, lo que es en cuanto á mobiliario, pocas casas como la mía. ¿Y el comedor?...

— Ahí lo tiene V.

— ¡Jesús! aquí están bailando los muebles. Yo tengo una mesa de mármol de una pieza como cuatro veces esa de pino...

— Señora, no es de pino.

— Sí, señor, sí, chapeada de nogal, pero de pino; yo entiendo mucho de muebles. No estaría mal el comedor, con mi aparador de roble tallado, y mis doce sillas salomónicas, y mi trinchero...

— Señora, veo que esta casa no es para dama de tan alto rango.

— Diga V., ¿y no hay aquí un cuarto oscuro, lo que se llama un cuarto de leones?

— Sí, señora, este.

Ya se había acercado ella al cuarto que pretendía ver, y en vano quería abrir la puerta; desde dentro la apretaban las mujeres de mi casa que allí se habían refugiado para que no las viera aquella dama.

— ¿No se abre esta puerta?

— No, señora, — le dije, — están los leones dentro.

— ¡Jesús! — dijo sonriéndose. — ¿Y la cocina?...

— Ahí la tiene V.

— No es chica, pero yo la necesito más grande

— Sí, ya entiendo, una cocina salomónica también.

— Pues V. perdone la molestia. No me conviene el cuarto. Estos cuartos son buenos para familias... así...

— Vamos, dígame V., señora, para familias de poco pelo como la mía.

— ¡Jesús! no he querido decir eso.

— Pero lo ha pensado V., y me tiene sin cuidado.

— ¡Ave María!... ¿Por quién me toma V.? Sepa V. que yo soy una señora, y en la calle de la Sartén, núm. 80, bajo, tiene V. su casa. Margarita Pardillo, para servir á V.

— Gracias, gracias. Ya conocía á V. de nombre.

— ¿Sí?...

— Sí, señora; me ha hablado de V. Pepe Calores, uno que fué empleado en la Deuda.

— ¿Calores?... No he conocido más calores que los del verano... — repuso con irónico desdén aquella dama que efectivamente Pepe Calores, comprometido y arruinado por ella, contaba primores, y acaso los seguirá contando en el penal donde se halla, sufriendo condena por defraudación y otros excesos.

— Que V. lo pase bien, — díjome saliendo.

— A los pies de V., salomónica señora, — le contesté cerrando la puerta.

Después de esta inoportuna visita hube de sufrir la justa reconvención de las personas de mi familia por haber enseñado el cuarto á la señora Pardillo, y prometí no volverlo á hacer.

— ¡Qué señora!... ¡Buen peine! — pensaba yo. — El pobre Pepe Calores, un hombre tan formal y tan metódico, la conoció y bien caro le ha salido el conocimiento. Ya no le bastó el sueldo, y buscó por caminos peligrosos lo que no podía adquirir de otra manera, y el infeliz, menos listo que algunos que por ahí andan tan ufanos mirando por encima del hombro á los hombres de bien, y mejor recibidos y más agasajados que éstos en todas partes, se perdió para siempre.

Otro campanillazo me interrumpió en estas ociosas reflexiones.

Eran dos jóvenes, es decir un joven y una joven, ella más joven que él.

— ¿Tiene V. las llaves del cuarto 3.º? — me preguntó él.

— ¿Por qué lo pregunta V.?

— Para ver el cuarto, si puede ser.

— Pues, no señor, no puede ser, — le dije, porque me parecieron sospechosos aquel joven con el sombrerito ladeado y aquella joven que parecía no haber roto un plato en su vida.

— Pues V. se lo pierde, — repuso el joven.

— Más se lo perderá V. que yo, — contesté cerrando la puerta.

— ¡Qué bien he hecho! — pensé. — Dios sabe qué intenciones traía ese joven. Acaso medita un crimen. La sociedad está muy pervertida, y sobre todo la parte joven de la sociedad. Suceden todos los días cosas que le ponen á uno los pelos de punta.

Por suerte volvió el dependiente del casero encargado de la vigilancia de la casa y le entregué las llaves. Su mujer no saldría de su cuidado, según dictamen facultativo, hasta la noche.

Crean Vds. que me cansé grandemente en el arreglo de mi casa que, como se dice, parecía una tacita de plata, y á las nueve de la noche ya estaba en la cama, rendido de fatiga, pero satisfecho de haber empleado bien el día, exceptuando los quince minutos que me entretuve enseñando el cuarto á la señora Pardillo. Olvidaba decir á ustedes que por la tarde recibí una criadita muy agradable, casi una niña, dulce y candorosa como una pastorcita de la Arcadia, una paloma sin hiel, de la que respondía el carbonero, que por no estar desocupado de cofres, maletas y trastos el cuarto destinado á la doncella, se avino á tender un colchón en la cocina y á pasar allí la noche durmiendo el sueño de la inocencia.

A las diez todos dormíamos ese mismo sueño, ú otro, y las dos serían cuando desperté sobresaltado oyendo angustiosas voces de mujer. Algo ocurría dentro de mi hogar. Quise coger el *revolver*, pero no lo pude coger, porque nunca he poseído este instrumento de muerte, y sólo pude tomar la caja de cerillas, y echarme fuera de la cama bastante *escamado*. La criadita angelical era la que gritaba. Pensé salir al pasillo y por la ventana del patio llamar á los vecinos, pero desistí recordando que no había en la casa más vecino que yo. La criada vió en el montante de la puerta de escape de la alcoba la claridad de la luz que yo había encendido, y vino gritando: — ¡Señorito, agua!... — ¿Hay fuego? — le pregunté. — No señor, agua, agua. — Pero animal, bebe, si quieres agua. — Es que cae agua. — ¡Ah! ¡que llueve! Pues deja que llueva. ¡No me has dado poco susto!... — Y apagué la luz y me dispuse á volver á la cama. Pero la chica me gritó: — ¡Que llueve dentro de casa!

No tuve más remedio que salir de la alcoba, envolviéndome en la manta, como César en la toga, y de esta guisa me presenté á la doncellita que me hizo ver el lago que ya habían formado las aguas en la cocina y en la despensa y en el corredor amenazando inundar toda la casa. La muchacha tiritaba en camisa y yo le habría dado de buen grado la manta, pero tuve que contener este impulso humanitario por altas consideraciones de pudor. ¡Qué noche! Del techo de la cocina caía el agua sin cesar un punto, y á aquella hora, sin portero abajo, y sin las llaves del cuarto de arriba, la situación no podía ser más angustiosa. Era aquello una desolación. Todo el Lozoya pasaba por nuestra casa y yo me consideraba ya un nuevo Noé sin arca. En vano busqué la llave de la puerta de la calle, pero me ocurrió que la tendría el sereno. Abrí el balcón, llamé á este funcionario, que me dijo no le habían entregado todavía la llave de la casa nueva, y que no tuviera cuidado. Le rogué que avisara al amo de la casa, á la de Socorro, al alcalde de barrio, al gobernador, al canal de Lozoya, al ministro de la Gobernación, y el hombre se me enfadó, y me reconvinó y me amonestó para que no escandalizara la calle.

— Eso no será nada, — decía, — se habrá soltado una fuente de arriba. En siendo de día se verá y se arreglará todo.

— Así le soltaran á V. un toro de seis años, — le gritaba.

— Vaya V. á avisar al juez, ó le tiro un tiesto.

— Usted sí que irá al juzgado por *desataco* á mi autoridad.

Y las aguas crecían y ya me figuraba como se hundía sobre nosotros el edificio.

A las cinco y media ví asomar un guardia civil embozado en su capa que iba muy de prisa.

— Guardia, — grité desde el balcón, — benemérito guardia.

Paróse el hombre y empecé á explicarle lo que me pasaba.

— No puedo detenerme, — me dijo interrumpiéndome, — no soy de esta comandancia, y voy á llegar tarde al tren.

— ¿Pues adónde va V. ahora, hombre de Dios?

— A Huesca.

Y apretó el paso con esta dirección.

A las seis se abrió la taberna de enfrente, y pude conseguir que un chico que salió á colocar en la puerta una mesilla con frascos de aguardiente para el público madrugador, me hiciera el favor de ir á avisar el suceso á casa del casero.

A las siete llegó el casero con el maestro de obras, y el hombre de las llaves, y vino la policía, y se reunió en la calle mucha gente, y vinieron unos periodistas, y se me llenó la casa de curiosos que deseaban saber lo que había sucedido.

Lo sucedido era que un mal intencionado que subió la tarde anterior á ver el cuarto, dejó abierto y atado el grifo de la fuente, y cerrado el conducto de desagüe. Para mí y para mi familia no tuvo el lance otras consecuencias que meternos en cama todos á sudar el catarro. Habíamos estado al balcón cinco horas. Y todavía damos gracias á Dios porque no nos aplastó la casa, en la que hubo precisión de hacer varias reparaciones que nos produjeron la consiguiente molestia.

Por fin quedamos tranquilos después de algunos días de obra en la cocina, donde no se pudo guisar, pero nos arreglamos haciendo traer de la fonda la comida, gastando bastante más de lo ordinario y regalándonos con unas salsas picantes muy perjudiciales á la salud.

Todo entró en orden; se instaló el portero en propiedad, guardia del orden, como ya se ha dicho, casado con una asturiana de rechupete, á quien el guardia respetaba y veneraba más que al capitán y al coronel, porque, según confesaba, ella le había hecho hombre al muy zopenco. El cuarto segundo se alquiló á un caballero muy bien portado, que dijo ser hermano de un diputado que dentro de breves días vendría del distrito, y no ocurrió en toda la semana más incidente desagradable que el suicidio de un enamorado que subió á ver el cuarto tercero y se pegó un tiro, por lo que vino el juzgado y no pudimos salir de casa en todo el día y toda la noche, y después hube de hacer muchos viajes á las Salesas, donde perdí algunas tardes y mucha paciencia.

Pocos días después de este suceso, noté con satisfacción que había vecinos en el cuarto segundo. Sin duda había venido ya el diputado. La gente de mi casa sostenía que no habían traído muebles, pero yo afirmaba lo contrario, porque oía martillazos como de clavar alfombras ó de colgar grandes cuadros, todo lo cual me indicaba que ó estaba ya en su casa el diputado ó le preparaban conveniente y confortablemente la habitación que ocuparía de un momento á otro. Y esto era indudable, porque en la escalera, al caer la tarde, encontré dos hombres, obreros, al parecer, que bajaban del cuarto, cada uno de ellos con su espuerta de herramientas. ¡No eran malas herramientas! La mañana siguiente oí ruido de gente en la calle y en la escalera. Salí á ver qué sucedía. Otra vez allí el juzgado, otra vez la policía, otra vez los periodistas, y numeroso público invadiendo la calle y la escalera. En el cuarto segundo de la casa inmediata cuyos dueños estaban ausentes y habían vuelto de mañanita, habíase encontrado un gran boquete en la pared medianera de las dos casas, por donde los ladrones habían entrado, robando infinidad de joyas, dinero, papel del Estado y todo lo que hallaron á mano. Los nuevos inquilinos del cuarto segundo de mi casa habían sido, á no dudar, los autores del golpe de mano. Hace de esto mucho tiempo y no creo que hayan sido habidos... Pero ¡cuántas veces tuve que ir á las Salesas para ayudar á la justicia en sus investigaciones, declarando lo que había notado desde mi cuarto, cuántos golpes sobre poco más ó menos habría oído, qué señas tenían las personas que ví bajar del cuarto segundo, á qué hora empezaban los golpes y á qué hora terminaban, y en fin, de qué individuos de la especie humana habitantes en Europa sospechaba yo que pudieran tener responsabilidad en aquel escandaloso atentado contra la propiedad, á todo lo que no pude contestar absolutamente nada.

En resumen, al mes de haberme trasladado lleno de ilusiones á la casa nueva, tuve por conveniente mudarme á una casa vieja y habitada, sin reparar en ratones ni en papeles deslucidos, ni en el número de cadáveres que habrían salido de ella en los años que lleva en pie, y sólo sentí que en la otra perdí treinta días de trabajo y adquirí este reuma que no merezco, y se me escabulló la gata en la segunda mudanza, y los mozos me perdieron infinidad de libros, dejándome incompletas las obras de más de un tomo, y el retrato de mi abuela, en una terrible rozadura al bajarlo un mozo refractario á todo arte bello, ha perdido las patillas, con lo cual ya no se parece á Zumalacárregui, como decía la señora Pardillo, pero tiene todo el aire de un pastor protestante.

CARLOS FRONTAURA

## EL PRO Y EL CONTRA

Tiene el pensamiento humano un poderoso y eficaz auxiliar en la imaginación, que concreta y simboliza todas las concepciones de la razón humana, prestándoles un

relieve que nunca podría darles ni aun la lengua de fuego del antiguo apostolado.

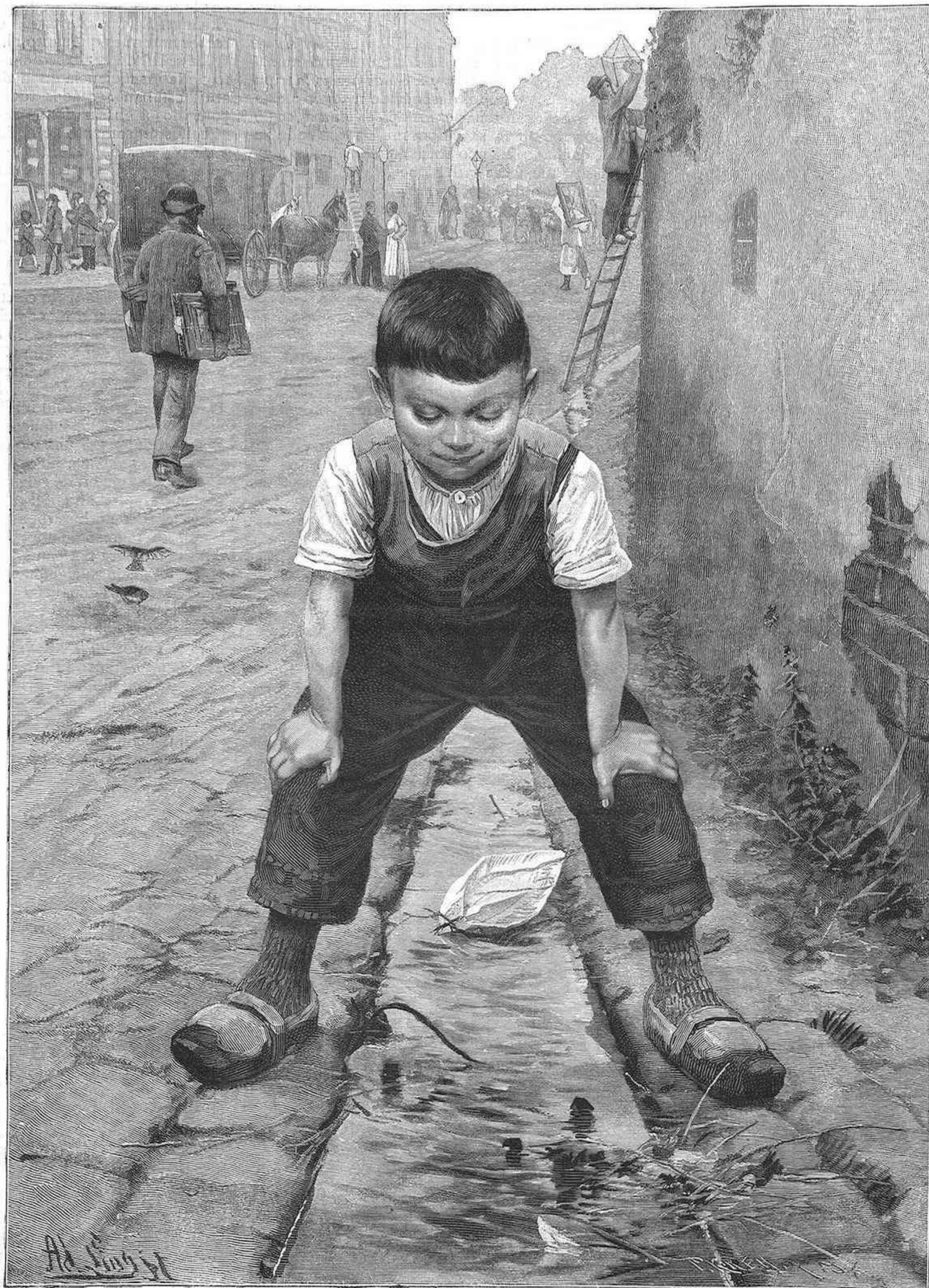
Las representaciones, informadas por la imaginación, sobre todo por la creadora, con cierta virtualidad, pueden declinar á veces (cuando obra por sí misma y sin atender á la racionalidad y contrapeso de las demás facultades), rompiendo la regularidad de la vida, en cuyo aspecto fué designada la imaginación la *loca de la casa*. Pero rectamente dirigida puede tener una aplicación fecundísima á toda la vida, pues en la ciencia populariza y da relieve escultural á sus verdades, en el arte vulgariza la contemplación de la belleza y en moral y religión pone la realidad suprasensible al alcance de todas las inteligencias y de todos los corazones, con la eficacia virtual del ejemplo en las buenas obras y de la contemplación en símbolo sensible de la armonía y orden que rigen el mundo moral y la vida religiosa.

Desde la anécdota de la belleza de Friné, defendiéndose ante sus jueces con la belleza de sus formas hasta el trapo rojo y gualdo, símbolo y lábaro de tanto heroísmo, la imaginación ha poblado el mundo de la ciencia y de la superstición, del arte y del artificio, de la moral y de la licencia, todo con símbolos y esquemas, que, á semejanza de la estrella que guiaba á través del desierto al pueblo elegido, han dado tonos salientes á las más dormidas energías del espíritu humano. Los símbolos han conseguido, con la fácil y rápida comprensión de que son susceptibles, interesar hondamente el corazón humano por las más opuestas causas, quizá poniendo de manifiesto la profunda verdad que encierra la observación del Pesimismo, cuando dice «que nadie se mata por nada claro.»

Las sangrientas guerras religiosas, los matices imperceptibles de una honra puntillosa, todo ha tomado cuerpo en símbolos y esquemas, revestidos de una universalidad, exenta de excepción, cual si la racionalidad humana abrigara el constante empeño de poner en duda su propia condición á toda hora y momento.

Más creyentes ha catequizado el Catolicismo con la riqueza suntuaria del esplendor de las artes, puestas al servicio del dogma, que infieles ha convertido la lógica de sus apologistas ó la unción evangélica de sus oradores. Un Cristo de Velázquez ó una Virgen de Murillo es ó ha sido argumento más eficaz para el corazón humano que pláticas, sermones y apologías de un Fenelón.

En otro orden de relaciones, distinto es (quizá media un abismo de distancia) el resultado obtenido por los nuevos métodos pedagógicos del alcanzado por la rutina tradicional del dómene, especie fósil que con su palmeta en la mano, agrio de carácter, frío en sus afectos, aun presume que la letra con sangre entra. Desde que la nueva Pedagogía sigue fielmente el método intuitivo y allí donde no puede poner delante la cosa que ha de enseñar, la muestra en copia, imagen ó símbolo, convirtiendo la escuela en Museo de material científico para seguir el sabio precepto clásico, *ludendo pariterque monendo*, ha sustituido la severa y por adusta repulsiva actitud del magister con la sonriente y agradable fisonomía del que mueve é interesa por igual todas las energías humanas para que colaboren al hermoso despertar de la conciencia humana.



¡ENCALLÓ! cuadro de Ad. Lins

Precisión, fijeza, claridad, proselitismo y universalización, tales son las condiciones favorables, que presta la imaginación á toda empresa, en la cual interviene, y apenas si existe obra seria, de interés colectivo, que tome plaza en la existencia, sin su poderoso y eficaz auxilio. Que si comienza la madre cariñosa poblando el pensamiento del niño de imágenes sonrientes, no se desdeña la ciencia de recurrir al símbolo para expresar aquellas nociones, que tocan en los linderos de lo que Spencer denomina *Indiscernible*. Lo que se sabe y lo que se presiente, lo conocido y lo desconocido, todo toma cuerpo y existencia plástica en el simbolismo, con que la imaginación circunda la vida.

El coco y el fantasma, las personificaciones y castillos de naipes de todos los sueños de rosas y del mundo de ilusiones, con que primero la infancia y después la juventud intentan penetrar en las brumas de la vida, creyendo que disipan sus tinieblas, son esfuerzos que se repiten en otras edades, con propósitos diferentes, cuando representa, por ejemplo, la ciencia lo infinito con el símbolo de la culebra, mordiéndose la cola, y la justicia con el de la balanza mantenida en el fiel por medio de la espada. Aun en lo *Inefable*, en lo tenido por la Teología judaica como cosa (la primera y más alta) sin palabra y sin signo, aun en lo que se idea como no susceptible de representación penetra el poder imaginativo y anhela circunscribirlo á las condiciones de espacio y tiempo, que auxilian á toda percepción sensible y facilitan despertar emociones vivas y duraderas. Propósitos más ó menos realizables que sirven de señal y prueba evidentes de que nada es

capa ni excede de este *medio interior*, algo semejante al *medio interior orgánico*, reconocido por C. Bernard como condición precisa de todo ser vivo.

Pero la realidad, la exterior y la propia, es por demás compleja, parece prisma de infinitas caras, posee su anverso y reverso, su pro y su contra. En el mundo dice la más cándida observación que todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes. No debe extrañar por tanto que, al lado del diti-rambo que ciencia, arte, religión, todo puede entonar en pro de la imaginación, se destaque el cuadro de sombras que el uso y abuso de la fuerza imaginativa esparce en todas direcciones al través del pensamiento y de la vida. La Historia lo enseña por modo elocuente. Tras la imagen está siempre el iconoclasta. Tan pronto como se eleva la estatua, comienza la obra sorda, de mina, persistente, que horada su pedestal.

No puede ser de otro modo, porque de persistir el símbolo, de perpetuarse la imagen, quedaría suplantada la realidad por la sombra, cogeríamos la cáscara y arrojaríamos la nuez. La frondosa aparatosidad de la vestidura externa asfixiaría la energía interior que cubre y el *Plus ultra*, ley de vida y de pensamiento, quedaría ante muros de contención, detenido por tiempo, ya que completamente negado no fuera posible. El *vino nuevo* del Evangelio (símbolo de símbolos) hará estallar el *odre viejo*.

¿Cómo se explica semejante ley? ¿Por qué todo símbolo y toda imagen ha de ir, como ya entendía el carácter práctico de los romanos, al Panteón para ser sustituido por otro?

Observemos que la representación (germen de todo símbolo é imagen) es dada, existe en el que se la representa, concibe ó imagina, pero es, procede, dimana de lo representado y según ello se ofrece para ser concebido. Y como lo representado no se agota, ni acaba, y el que lo concibe *coge* (siquiera no sea materialmente) de ello sólo fase, aspecto ó término, pero no su íntegra constitución y modo de ser, resulta que, á través del tiempo y efecto de la ley del progreso, el pensamiento, incoercible, sin límite fijo, excede del señalado por el símbolo y no cabe dentro del marcado en la imagen. La imagen es el vestido (que no crece como la túnica del redentor) del pensamiento. Pero el pensamiento progresa, crece y la vestidura de la imagen es estrecha para sus nuevos desarrollos, de suerte que no se adapta ni ajusta aquél dentro de ésta, el primero rompe la segunda y de ahí la necesidad de que tras la imagen aparezca el iconoclasta, el que ha de derribarla, quizá para sustituirla por otra, pero al fin la primera quedará anulada.

El que recorre un Museo de los que ya se forman con cierto carácter enciclopédico puede comprobar la ley que indicamos y hallarla verificada con señales indelebles dentro de las inmensas galerías de aquel Panteón donde duermen el sueño de todo lo que fué cuantos símbolos é imágenes han representado lo que ha creído y amado la humanidad de otros tiempos. Si queda hueco en aquellas galerías, ya se puede anticipar lo que habrá de llenarle, los símbolos é imágenes, que al presente gozan el favor de las gentes, que, siguiendo la misma ley, la que reconoce y pone de manifiesto que el ideal humano es un *ideal*



DON LUIS CASTELLS Y SIVILLA

dinámico, de acción, vida y movimiento hará que el símbolo, en que se condense uno de sus estados, se vea necesariamente convertido en estatua de sal, porque su estabilidad definitiva contradice lo instable y vivo de las energías, que plásticamente representa.

El ritmo de la vida impone la sustitución de unos por otros símbolos. La exclamación ya consagrada «los Dioses se van,» habrá de repetirse perdurablemente. Pero vuelven, porque el simbolismo es la atmósfera vivificante, que nutre todas las energías, y á unos suceden otros y otros y otros indefinidamente. Flor del Lothus, de existencia constante, pero de vida permanentemente móvil, el símbolo no vive sino de lo que simboliza. Cuando suplanta lo en él representado, á la religión sustituye el fariseísmo, al arte el artificio, á la ciencia la argucia escolástica, á la realidad y á la vida la sombra y la muerte.

Para que el símbolo viva y hiera las fibras del corazón ha de estar repitiendo constantemente *Remember*. ¿De qué se ha de acordar? De que procede del pensamiento, *hecho vivo*, que se forma y deforma siempre y del cual ha de nutrirse como la planta de la savia de la tierra.

U. GONZÁLEZ SERRANO

## LA EXPEDICIÓN AMERICANA

Á LA BAHÍA DE LADY FRANKLIN

(Conclusión)

(Véase el número 390)

No disponiendo de espacio bastante para ocuparnos de diversos trabajos de esa misión (velocidad del sonido, las mareas, la hidrografía, el péndulo etc.) consignamos tan sólo los resultados de las observaciones magnéticas y meteorológicas hasta durante dos años.

La brújula estuvo en estado constante de agitación habiendo llegado á variar en más de 20° la declinación en Fuerte Conger cuando la gran perturbación de noviembre de 1882 que dejó sentir sus efectos en todas las estaciones magnéticas del globo. Las observaciones horarias de la declinación dieron en febrero de 1883 como valor medio de este elemento 100°37' Oeste: la inclinación en la misma época fué de 85°. La presión barométrica media anual aumentó con la latitud desde el Sud de Groenlandia hasta la bahía de Franklin. La mayor parte del agua cae en forma de nieve y apenas forma una capa de 0'10 metros de espesor al año; el cielo es de una pureza extraordinaria, especialmente en invierno; la temperatura media de tres meses de invierno es de 39° bajo cero, llegando en alguna ocasión (3 de febrero de 1882) á 52'8: á fines de junio el termómetro acusa la temperatura más elevada que no pasa nunca de 12°, de modo que la temperatura media anual es de 20° bajo cero.

A pesar de estos fríos la salud de los expedicionarios no sufrió alteración alguna importante.

Terminados de un modo tan brillante los trabajos que les habían sido confiados, Greely y sus compañeros no tuvieron más afán que regresar á su patria, volver al seno de sus familias: pocos, sin embargo, pudieron ver logrados sus deseos; la mayor parte de ellos pagaron con sus vidas, después de pruebas tan crueles como inmerecidas, algunas deplorables equivocaciones.

Todas las precauciones habían sido tomadas por el *Signal Office* para asegurar el regreso de la expedición; tres buques se enviaron en su auxilio: el *Neptuno*, en 1882, que detenido por los hielos no pudo pasar el para-

lelo 79 y que regresó á América dejando depósitos de víveres en distintos puntos á ambos lados del estrecho de Smith y en 1883 el *Proteo* y el *Yantic* que fueron expedidos juntos y de los cuales el primero naufragó sin que pudiera salvarse nada de la carga y á duras penas la tripulación y el segundo, después de recoger á ésta, hubo de abandonar el mar polar sin haber podido cumplir la salvadora misión que se le había confiado dejando entre aquellos hielos algunas aunque pocas provisiones.

El día 9 de agosto de 1883, el comandante Greely, viendo que los buques prometidos no llegaban y siguiendo las instrucciones que para este caso de antemano previsto le habían sido dadas, abandonó con sus compañeros el fuerte Conger y se embarcó en la chalupa de vapor y en las canoas llevando sólo los objetos más indispensables y los documentos más importantes y dejando abandonadas preciosas colecciones, instrumentos de gran utilidad y gran cantidad de víveres.

Después de un penoso viaje, el día 6 de setiembre la expedición se encontró rodeada de hielo por todas partes y hubo de abandonar la chalupa y dos canoas y meter en la otra documentos, víveres y trineos: á los veintidós días de marchar los expedicionarios por el hielo, rendidos por el frío y las fatigas y atormentados por terribles presentimientos, llegaron al cabo Esquimal, al Sud del cabo Sabine. El desencanto fué terrible: en los *cairns* que con febril ansiedad removieron, sólo encontraron las desconsoladoras noticias de las frustradas tentativas del *Neptuno*, del *Proteo* y del *Yantic*: la noche polar se aproximaba con todos sus horrores: Greely y los suyos, imposibilitados de volver atrás pues los hielos no estaban bastante unidos para utilizar los trineos y el mal estado de la canoa impedía aventurarse por aquellas peligrosas aguas, levantaron una cabaña de hielo y se dispusieron á pasar el invierno en la estación que denominaron *Campo Clay*; sus provisiones, reunidos todos los víveres que encontraron en los *cairns*, eran suficientes para esperar el 1.º de marzo, creyendo aquellos infelices que en este

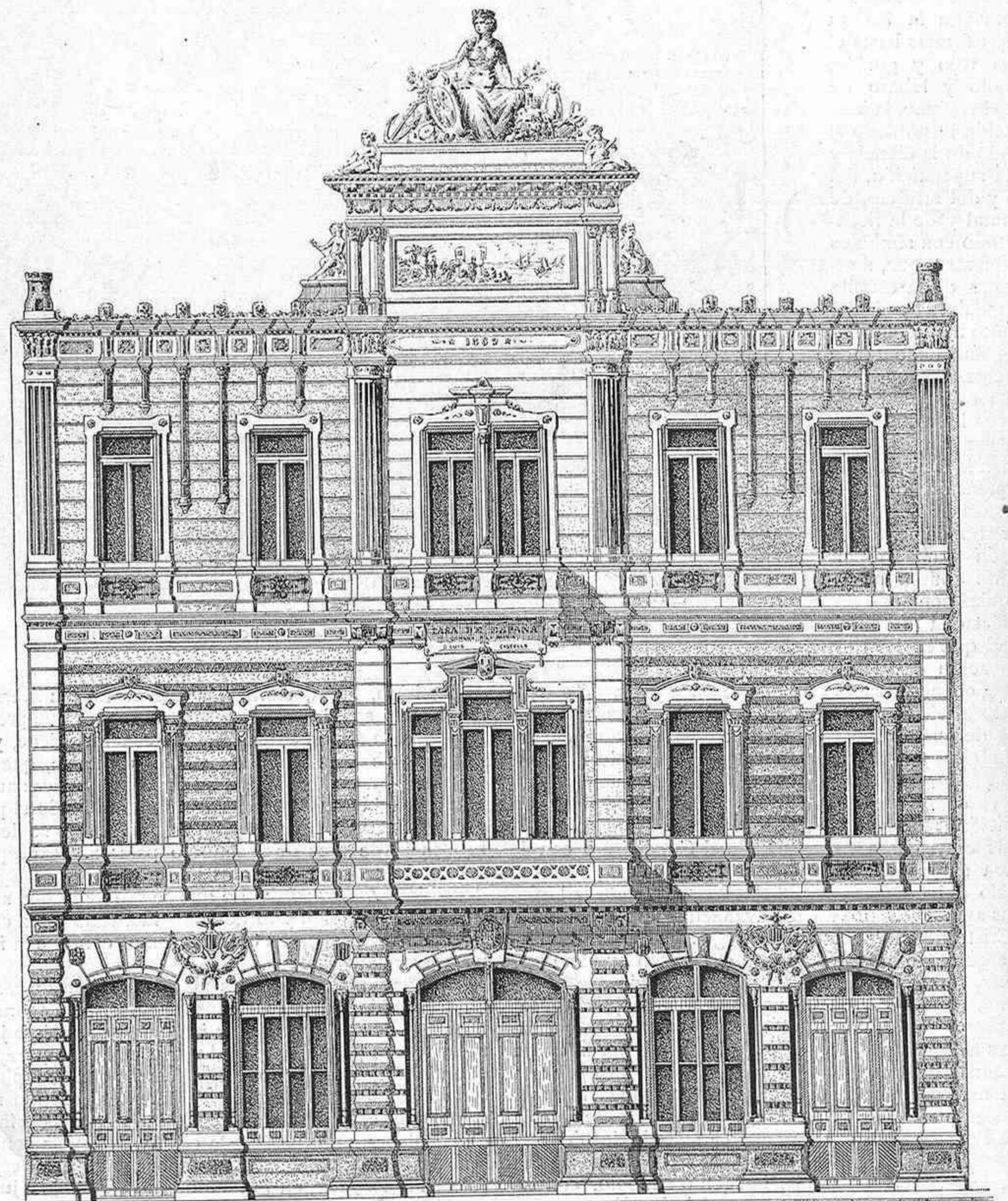
intervalo podrían los trineos atravesar el estrecho y ganar la opuesta costa en donde había depositadas otras vituallas. La nueva estación carecía en absoluto de los recursos naturales que tanto abundaban en Fuerte Conger.

La salud de los expedicionarios se resintió bien pronto de la insuficiencia de la alimentación; á mediados de abril estaban agotados todos los víveres, y sin fuerzas para irlos á buscar donde podía haberlos sustentaron aquellos únicamente de líquenes, de langostinos insulsos y de pedazos de piel de foca hervidos: la muerte se cebó en el Campo Clay y en tres meses vió Greely arrebatados por ella á diez y siete de sus intrépidos compañeros.

En el entretanto la opinión pública de los Estados Unidos no echaba en olvido á sus valientes compatriotas; en mayo de 1884 el gobierno expidió dos nuevos buques, el *Oso* y el *Thetys* á las órdenes del capitán Schley, quien prometió no volver á América sin haber cumplido su peligrosa misión. En efecto, el *Oso* pudo llegar al cabo Isabel y enterado el capitán Ash (por una nota depositada por Lookwood en un *cairn* á fines de setiembre) de la posición del Campo Clay, no tardó en encontrar á los seis únicos sobrevivientes de la expedición, entre los cuales se contaba Greely, hoy jefe del *Signal Office*. Unas horas más, y sólo hubieran hallado un campo de cadáveres: aquellos infelices sin fuerzas, sin víveres, sin agua, azotados por una violenta tempestad que les había destruído la cabaña, no pensaban más que en la muerte como único medio de salvación. El doctor Pavy y los dos tenientes figuraban en el número de los muertos.

En Nueva York se organizaron grandes festejos para saludar el regreso de aquellos héroes que habían enarbolado la bandera norteamericana en regiones hasta entonces desconocidas: alguien quiso empañar la gloria de los expedicionarios acusando á los sobrevivientes de haber prolongado su miserable existencia á costa de los cadáveres de sus compañeros. Corramos un velo sobre este inmenso infortunio y teniendo en cuenta las imperiosas exigencias del instinto de conservación, dediquemos un sentido recuerdo á los mártires que perecieron por enriquecer los dominios de la ciencia y honremos á los vivos que con su abnegación y á costa de indescriptibles padecimientos han señalado nuevos derroteros por los cuales se llegará más ó menos tarde á la conquista del polo.

(De La Nature)



«CASA DE ESPAÑA» edificio destinado á legación española en Buenos Aires, costado por D. Luis Castells y Sivilla